



los cincuenta años me dió por fumar ante el espejo y por preguntar. Y ahora, José.

Fumar ante el espejo, cualquier José lo sabe, es enfrentarnos con nuestro rostro más cotidiano y más pensado. Por detrás, al fondo, tienes un escenario del presente inmediato (la puerta del cuarto, un paraguero vacío), pero ese presente, a la segunda fumarada, ya es pasado (la puerta se disipa, el paraguero voló), y tanto más pasado cuanto más buceamos en el cigarro. La mirada envejeció, fue la que fue.

Y entonces, por más que la gente diga que no, comienzan a aparecer las huellas históricas del Dinosaurio que estuvo jodiéndonos la vida durante cincuenta años. Las adivinamos en la superficie del vidrio, son manchas fósiles, agrietadas, ¿acaso no se ven?, y, en la distancia, se escucha el carrusel del miedo. Aquí y allí se van levantando harapos de lo mucho que en nosotros se aplazó y de lo mucho que en nosotros murió, y en algunos casos hasta podemos distinguir el trazo de libertad que abrimos con nuestros libros en esa desolación prolongada. Bueno, estamos arreglados, José. De ahora en adelante comienza el recordar, debías de saberlo ya.

Cierto, cincuenta son muchos años. Mucho silencio, mucha humillación. Pero dime, espejo, ¿vale la pena recordarlos? ¿Para qué ahora ese rascar de herida, esa recriminación?

José, en el espejo, encoge los hombros. Es como si no me oyese, como si no se oyese, no hay nada que hacer.

En el espejo los ojos sólo se ven reflejados en otras cosas, me susurra por encima del hombro el honorable William Shakespeare desde tantas páginas (y con franqueza, echan un aliento a podrido, estas palabras). Pero ni así, José continúa a la suya. José es José, sospecha que lo quieren desnudar del pasado para que sea incapaz de reconocerlo cuando se lo pongan en la frente en la primera oportunidad. Y se defiende, se defiende, no se rinde. En seguida se pondrá seguramente a citar a Santayana (no me extrañaría nada) y a recitar desgracias. Retoma ejemplos, concita muertos porque (palabras de Santayana, ¿no te lo decía?) "quien olvida el pasado se arriesga a vivirlo otra vez" y al llegar a este punto ya no sigue. Habla. O mejor, yo hablo.

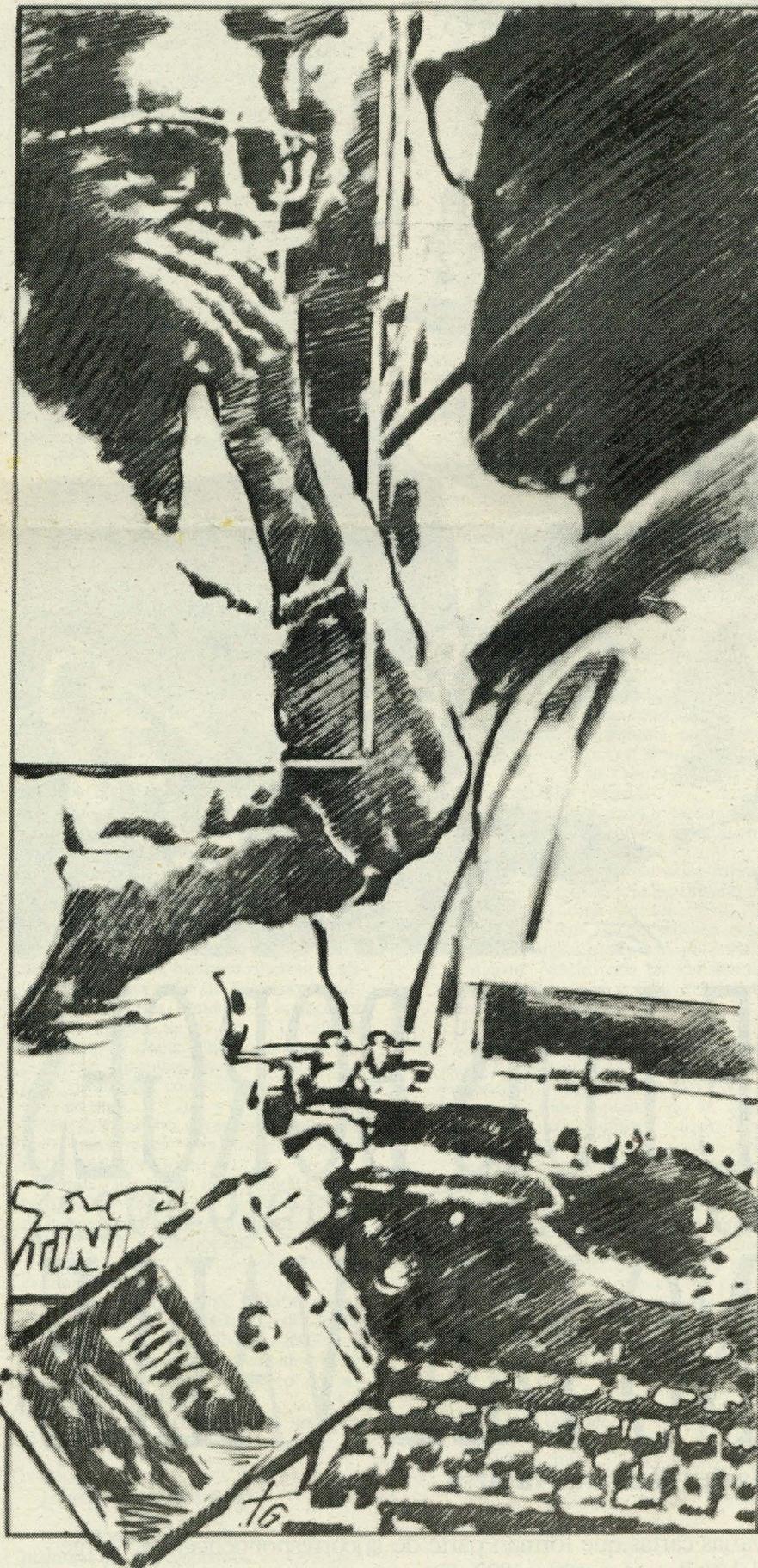
Pero fumar ante el espejo no es sólo ver para atrás mirando de frente. Es también un modo-josé de predecir el futuro, más allá del rostro que lo repite y que humea. Y ahí, deja que te diga, lo que nos fastidia es el pesimismo. ¿Por qué? Pues porque es un dolor de cojones, no te rías. Absolutamente. El pesimismo, si no lo sabes vas a saberlo, siempre tuvo que ver con carencias afectivas. De ahí que sea incómodo por naturaleza. Incómodo para el que, Dios lo sabe, tiene que vivir toda la vida con ese dolor, ese nudo, e incómodo para la Patria que ya mandó para Camões a todos los Velhos do Restelo que le estaban molestando. Esto por un lado, aquel que podemos llamar De Salud Nacional. Pero está el otro, el de la superstición. Absolutamente. El pesimismo acaba siempre por funcionar como una superstición de prudencia: prevé lo peor para ir acumulando resistencias contra el mal pero siempre en la esperanza de que el mal nunca llegue a suceder. Y si sucede, sabes, ya no lo pierde todo, al menos ganó la gloria de la razón. Una superstición por la negación o por efecto

FUMAR

ANTE EL ESPEJO

José Cardoso Pires

El gran escritor portugués José Cardoso Pires reflexiona en este artículo sobre la realidad reflejada, sobre la repartición de quien mira en lo que se refleja y lo reflejado. Completan este número una entrevista con el propio Cardoso Pires y otros artículos de Antonio Tabucchi, Francisco Jarauta y Antonio Colinas



contrario, dirá alguien, pero muchas veces es realmente en ese juego de dos filos donde acaba el austero pesimismo. ¿Qué hora será, a todo esto?

¿Hora? en los coloquios de espejo nunca es tarde ni es temprano ni siquiera hora cierta, quien me enseño esto fue el reverendo Lewis Carroll, que tenía la manía de los cristallitos de colores. Por eso es, si cabe, que estos ejercicios, si la gente no tiene cuidado, acaban en un ritual que no interesa ni al Niño Jesús. Un ritual, José, donde el que lo padece, en vez de incienso se consume en nicotina. En vez de incienso, tabaco, en vez de hosannas, provocaciones, y cada dos por tres, si la gente no le pone coto, esto, este frente a frente, acaba en una autocontemplación. O en una autoflagelación, para el caso tanto da. Porque aquí todo se pasa entre el individuo y sus imágenes y, curiosamente, en una conversación muda que sabe tanto a círculo vicioso como este cigarro que tengo en los dedos. ¿Lo fumo, o me fuma él, lo ves?

Fumar ante el espejo, soledad doblada -diría mi hermano si estuviese aquí (pero no está, murió a los veintidós años en un avión militar), él que, sin cigarro y sin espejo, acabó por conocer la más extraña y más amplia soledad que se pueda conocer. La del espacio final, fíjate. La de la dimensión azul donde la muerte lo fue a buscar, a tres mil quinientos pies por encima del planeta de los hombres.

No, en esto de interrogarse ante el espejo, ojos en los ojos, no hay consonancia. Tiene muchos ángulos y tú estás ahí, que no me dejas mentir. Varios ángulos. Hay quien intenta, santa inocencia, hacer un discurso de silencio capaz de destrozar el vidrio y hay quien espera recibir, por reflejo de la propia imagen, algún calor animal que desconoce. Sea como fuere, lo que duele, y asusta, y es triste y desastrosamente cómico en este ejercicio, es el pleomasmo de sí misma en que la persona se transforma. Se repite. Aunque con feroz independencia (todo su esfuerzo es ese), se repite en imágenes que la puedan explicar.

En cuanto a la soledad reciente no hay pleomasmo ni desdoblamiento que la salven, ni siquiera los psicoanalistas que tienen arcas llenas de ella. Para el vulgar contribuyente, la soledad se resume en un vocabulario de lamentos o en un fatalismo social de crédito comprobado, pero a decir verdad tal vez no pase de una metáfora del miedo simplemente. Sea lo que fuere, pido disculpas, pero sin soledad, nadie vive. Solitario, para no ir más lejos, es este escritor que aquí está cuando se entrega al acto de escribir. Quiera o no quiera sólo así puede realizar línea a línea su escritura en calidad simultánea de autor y lector que son dos figuras distintas de la Utopía de uno mismo. ¿Y además? ¿Hay algún mal en eso?

Así que fuma, José, déjalo correr. Soledades, duplicaciones, masturbaciones, es todo conversación o poco menos. Quemar los dedos, nos reducen a fibras secas si nos dejamos arrastrar por ellas. Concreto, concreto, sólo ese alguien que nos vigila, que te vigila, ahí en el espejo, y que nos espía por dentro. ¿Pero espía realmente? Para ser sincero aún no lo sé. Aún no sé si es por arrogancia, si por desconfianza, que nos mira con tanta dureza.

Somos tres ahora. (Siempre lo fuimos, eres tú el que no reparaste: dos que se miran y un tercero que os escribe, mirándose). Entretanto el rostro que nos es común a los tres está devastado por el tiempo. Ese no tarda mucho en que se le caigan los dientes y se cubra de arrugas

(Sigue en pág. VI) ●●●

FUMAR ANTE EL ESPEJO

●●● (Viene de pág. 1)

llenas de gusanos. ¿Dudas? Entonces espera no más de dos a tres otoños de cigarros y vas a ver. Tres otoños, no le doy más. Hasta entonces va a continuar así, en arista viva, y con aquella contención que, si no es arrogancia ni sospecha, ¿qué será? ¿Orgullo?

No, orgullo ni pensarlo. Y si fuese, peor si cabe para el que poco hace para mudar el mundo y mucho para no dejarse mudar. Mejor aceptemos que es un endurecimiento defensivo, eso sí. Y esperemos. El resto, Dios dirá, si alguna vez lo supiese leer debidamente.

Todo esto, ya te dije, hay que mirarlo desde varios ángulos. Siempre desde varios ángulos, no te olvides, porque, según algunos, los personajes de este tipo son de rostro cambiante. ¿Cómo todo el mundo? Como todo el mundo, es posible. Solo que ese que tienes delante de tí nunca supo en la vida administrar su imagen pública, como se puede advertir después del primer abordaje. Por qué, no se sabe; las razones pueden ser muchas. Pudor, impaciencia, falta de práctica, quién sabe. Está también la independencia, la independencia es demasiado obstaculizadora, siempre lo fue, pero por esa o por otras razones, la verdad es que nunca tuvo ese talento. Y no se crea que la laguna no es grave porque la imagen de marca que los agentes de las letras y los lobbies de opinión ponen a circular en el mercado de cotizaciones, aterra. Ah, los lobbies, ah, los lobbies. Ah, perfumadas sacristías donde el libro en blanco, antes de ser libro, ya está condenado o marcado con un pétalo seco en la página de la eternidad.

Una vez más, silencio, José sigue con los ojos en los ojos. Parece desconocer que en cualquier album de glorias el verdadero retrato del paciente puede ser desfigurado con la misma facilidad con que el humo del cigarro lo nubla allí en el espejo. En ese caso que se fastidie y cara alegre, ¿no?

Dejémoslo por tanto así. En directo y al natural. Como se ve, tiene el pelo más blanco en este momento pero mantiene la vislumbrada malicia que siempre se le conoció. Al menos es lo que yo pienso -o mejor, lo que él piensa-. A veces se le nota un destello de ironía en la mirada, pero si lo tiene es luz breve y en general triste, ni siquiera basta para atenuar el desaliño aparente que en él hay y que proviene más bien de cierta Lisboa maniática que de otra cosa realmente.

Por lo demás, poco que añadir. Rostro cincelado (ya se dijo), máscara de prevención, asimetrías de quien se talló en la desgracia -eso es todo-.

¡Ah, y los cigarros! En estos días el autor aún continúa fumando, imagínese, y preguntando todos los días. Y ahora, José. A cada interrogación aspira, hondo y lento, hasta que la ceniza del cigarro abra brasa en el vidrio del espejo, y hay momentos en que encoge los hombros y piensa en alto "Acta est fabula", si así puedo expresarme en señal de despedida.

Pero es hablar por hablar, nada de especial. Cuando menos se espera, él estará otra vez ahí en esta silla y en este lugar, haciendo resumen y proyecto de sí mismo, y dicho sea de paso no se le da mal. Como siempre, no siente angustia ni desazón, porque va a encontrar a alguien al día siguiente, día normal, que comienza de nuevo la vida en la primera línea del capítulo siguiente.

Aquí tienes, José, el hombre que te interroga. Que te fuma y te duda. Que te acredita.

Y con ésta me despido, adios hasta otro día, y que la tierra nos sea leve por muchos y buenos años en este lugar y en esta compañía.

Escucha bórrame estas arrugas. Rayan el espejo, ¿no lo ves? ■